

ÁNGELA ARMERO

TIERRA NEGRA



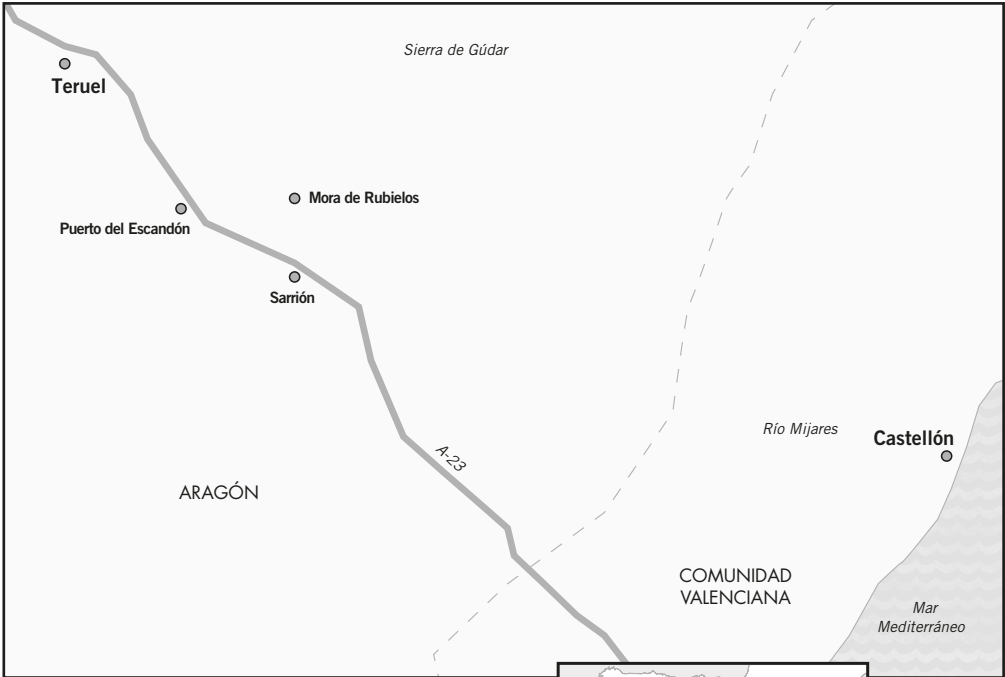
MAEVA | NOIR

A mi madre.
A mi padre.
A Carlos Armero, in memoriam.

*Hay naufragios. Sin embargo a veces ocurre algo
menos espectacular pero más tenso.*
Hay algo que se mueve, oscuro y lento, en el agua bajo el barco;
algo que no quieres ver, pero no te queda más remedio que verlo.
Si no, ¿cuál sería la trama?

MAGGIE SMITH, *Podrías hacer de esto algo bonito*

Los escenarios de la novela



SE SENTÍA FRÁGIL, pero nadie podía saberlo.

Ni su marido, ni sus padres, ni sus amigos, ni por supuesto sus compañeros de la Guardia Civil. Ella siempre había sido templada, nunca le había vacilado el pulso al apuntar con el arma a un delincuente, al encontrar un cadáver, ni se le había quebrado la voz al dar la peor de las noticias a alguien. Para Aitana, escuchar el sonido de la sierra al quebrar los huesos en las autopsias era una rutina. Desde luego, esos brutales chasquidos no eran placenteros, pero con el tiempo terminaron por resultarle indiferentes, igual que la visión de la sangre. Su pulso no se alteraba ante las vísceras desparramadas o los efectos de la brutalidad, pero ante la idea de la injusticia sí; por eso había escogido esa profesión.

Claro que tenía emociones, aunque había aprendido a dominarlas para no perjudicar un caso o para fingir simpatía cuando tenía que negociar o arrancar una confesión a un asesino. El ejercicio de la frialdad, real o fingida, era una de sus mejores capacidades. Sin embargo, todo eso había cambiado hacía cuatro meses.

La maternidad había dinamitado la persona que creía ser. Los fragmentos de su identidad, de sus capacidades y sus convicciones habían saltado por los aires y seguían cayendo a su alrededor mientras intentaba saber quién era ahora. Toda su persona se había convertido en una mezcla volátil que ni ella misma sabía controlar.

Antes, las fotos de los desaparecidos eran el marco de una pregunta o de varias. Dónde. Quién. Por qué. Cuándo. De qué manera. Pero ahora, cuando miraba la imagen de Valentina Salas, desaparecida la noche del 7 de diciembre de 2014, con el rostro hermoso y desafiante, un mechón de color azul brillando en el flequillo de su media melena, y sus rasgados ojos verdes, solo podía pensar en que, una vez, esa joven de diecinueve años fue un bebé desvalido, que acumuló todas las promesas del mundo sobre su futuro; y que su falta convertía en un infierno los días, las horas, los minutos y los segundos de la existencia de sus padres. Pensaba en su propia hija y no podía soportar la idea de asomarse a la cuna y que estuviera vacía. Al mismo tiempo, la noción de que, en cada momento de lo que le quedase de vida, tendría que saber dónde estaba su hija, con quién y qué estaba haciendo le resultaba una carga mental agotadora. ¿Quizá no estaba hecha para ser madre? Esa pregunta la sobresaltaba de noche, mientras contemplaba a la bebé como si se tratase de un enigma, y aunque no podía verbalizarla con nadie, volvía a ella una y otra vez.

—En este trabajo, tener empatía es bueno. Tener demasiada es nefasto —solía decir su padre, que también había sido guardia civil.

Solo ahora alcanzaba a entender el significado de aquellas palabras. Sabía que tanta emotividad podría perjudicar su rendimiento, y que, si su nuevo compañero, el sargento Rafael Roca, la percibía, quizá tendría problemas.

Pero ahora los dos estaban yendo a Sarrión, el lugar en el que vivía la familia de Valentina y donde la chica había desaparecido, y ya no había vuelta atrás. Aitana iba conduciendo su propio coche, un Volkswagen Golf gris metalizado de 2004. Había convenido con el capitán Contreras, que coordinaba la investigación desde la sede de la uco en Madrid, que ella llevaría su propio vehículo para mayor discreción y que le pagarían el combustible. La noche los engullía según se adentraban en la

provincia de Teruel. Sorprendidos por la cruda luz de los faros, los árboles a ambos lados de la carretera conformaban un tapiz móvil y fantasmagórico.

—Gire a la derecha —indicó el navegador.

—A veces me pregunto cómo llegábamos a todas partes sin los navegadores —dijo el sargento Roca—. Te hace pensar en si la tecnología nos ayuda o si nos convierte en incapaces.

Más allá de un vago asentimiento, ella no dijo nada. Habían salido de Madrid hacía tres horas, y él se había mostrado nervioso, impaciente por desplegar una solvente conversación superficial. Algo en lo que ella no pensaba entrar. Había descubierto hacía tiempo que el silencio intimidaba a la gente, incluso a los que, como ella, no querían hablar por hablar y aborrecían las conversaciones de ascensor. Además, mantenerse callada en los momentos adecuados era garantía de tranquilidad mental. Si iban a trabajar juntos, era mejor abortar la obligación mutua de sostener un parloteo incesante durante horas. No tenía ganas de tener otra conversación más sobre lo ocurrido el 9-N, sobre si la consulta catalana había sido legítima y sobre el papel que debía jugar la Guardia Civil en aquel embrollo político. Su trabajo como investigadora no tenía nada que ver con eso y, al contrario de lo que les sucedía a muchos de sus compañeros, no sentía que el desafío secesionista la apelase directamente. El sargento Rafael Roca se había ofrecido para relevarla al volante, pero ella, aunque valoró su amabilidad, declinó su propuesta. Quería mantenerse concentrada en el camino, y analizar lo que sabía del caso.

Era el primero desde que había finalizado la baja maternal. Aunque solo hubieran transcurrido cuatro meses desde el nacimiento de su hija, se sentía balbuciente e insegura. Cuanto más se alejaba de la cuna de su niña, más vulnerable se sentía.

—Supongo que habrá tenido tiempo de examinar la documentación, Roca —dijo ella, esperando poner su mente al

servicio del trabajo y poder salir del bucle de culpabilidad y pena en el que se encontraba. Por supuesto, Aitana también la había leído, pero quería ponerlo a prueba.

Roca era joven, veintinueve años, casi diez menos que ella, y, sin embargo, aunque no fueran tantos, lo que había vivido en ese intervalo de tiempo a la teniente le resultaba una eternidad. Ya no se acordaba de cómo era vivir sin marido, sin cargas familiares, sin compartir una cuenta en el banco, y por supuesto sin bebé o proyecto de. Rafael Roca era inteligente y algo deslenguado y, como había empezado a notar durante el viaje, estaba dotado de un sentido del humor algo peculiar. Tenía el pelo castaño oscuro corto, un rostro ovalado que terminaba en un mentón prominente y cuadrado, una nariz un tanto aguileña y unos ojos que a veces parecían azules, y otras, verdes, según la luz. Aitana pensó que utilizaría su físico (objetivamente atractivo) y su carácter extrovertido para seducir a muchas chicas sin esforzarse demasiado, y eso hizo que le cayera regular. Además, por muy simpático y cercano que fuera, Aitana no quería suprimir de un plumazo la jerarquía y la distancia entre ambos. Bastante le había costado que la tomaran en serio. La Guardia Civil, a pesar de su modernización, era un mundo de hombres.

—Claro, mi teniente. Lo más llamativo de este pueblo es que hay muchas personas que se dedican al cultivo de la trufa, como la familia de la chica, los Guzmán. No hay datos de cuánto dinero generan esas explotaciones. Pero si un kilo de trufa cuesta ochocientos euros el kilo mínimo... y, de media, cada finca saca algo menos de una tonelada anual..., pues haga cuentas, mi teniente.

—Aitana. Llámame Aitana —pidió con sequedad—. Y trátame de tú, haz el favor —dijo. En vez de tomarlo como una señal de respeto, que la trataran de usted o la llamaran señora le hacía sentirse mayor.

—Como quieras, Aitana. Pero mueven una animalada de dinero. Sin contar el trufiturismo, claro —contestó Rafael.

—¿Trufiturismo? —preguntó.

—Alrededor del negocio hay muchas actividades. Por supuesto están los restaurantes, pero también hoteles, viajes temáticos, talleres, conferencias... La feria anual de la trufa a la que acudió Valentina justo antes de desaparecer, Fitruf, es muy famosa. Viene gente de todo el mundo, acuden cocineros, comerciantes, prensa especializada... Y cada año mueve más dinero que el anterior.

—¿Tan conocida es? ¿Tú la conocías antes? —preguntó Aitana.

—Bueno, no. Pero ahora sé un montón de cosas que me he aprendido del negocio —admitió Rafael, intentando parecer modesto sin conseguirlo.

—Valentina desapareció la última noche de la feria, el domingo 7 de diciembre —recordó Aitana.

—Sí, y eso es malo. Normalmente en Sarrión viven unos mil cien habitantes, pero en esas fechas, muchos más —replicó él.

—Recuérdame lo que sabemos de la noche de la desaparición.

—Valentina Salas estaba en la feria, no porque le gustara ni por acompañar a sus padres, sino porque había pedido permiso para grabar imágenes en el evento; había alquilado un equipo profesional en Teruel.

Aitana pisó el acelerador con cierta brusquedad, lo que interrumpió el discurso de Roca.

—Sigue, por favor.

—La chica estudia Cine en Madrid, y por lo visto suele encargarse de hacer los vídeos de la feria para subir al canal de la empresa de sus padres. Estaba aquí para eso, y para pasar unos días con la familia, pensaba volver después del puente de la Constitución. Su abuelo Camilo, que estuvo con ella la noche que desapareció, es agricultor y, por mis cálculos, uno de los hombres más ricos de Teruel.

—¿Camilo? —preguntó Aitana.

—Sí, Camilo Guzmán. La recogió al acabar la feria en una furgoneta de la familia, fueron a devolver las cámaras a la empresa donde las alquilaron, en Teruel, y al regresar la dejó en la zona de bares del pueblo, cree recordar que sobre las once de la noche. Está bastante seguro de que su nieta le dijo que había quedado con una amiga. Nunca llegó a casa —concluyó Rafael.

—Entonces su abuelo fue el último en verla con vida.

El sargento la miró con algo lejanamente parecido al reproche.

—Puede que siga viva —alegó.

—Por supuesto, solo es una forma de hablar. ¿Y su teléfono móvil? —preguntó Aitana.

—No lo hemos encontrado, y además ha dejado de emitir señal desde la noche de la desaparición, la última vez fue en el recinto ferial. Mi teoría es que se le acabó la batería y que no ha tenido ocasión de recargarlo, si ha sido secuestrada, o que lo ha apagado deliberadamente, si es una huida voluntaria —dijo Rafael.

—¿Hay imágenes de cámaras? —preguntó.

—Esto no es Madrid... Por lo que me han dicho, se ve cómo sale la furgoneta del recinto ferial, pero nada más. Tendremos que revisarlo —apuntó su compañero.

Roca siguió hablando del pueblo. De cómo la comunidad vivía alrededor de las explotaciones de trufa, de las encinas, de los perros truferos y del restaurante Quercus, situado en las afueras del pueblo, que, con una estrella Michelin, había basado la historia de su lento ascenso en la experimentación gastronómica con el hongo.

Explicó además que había otras empresas alrededor del cultivo: envasadoras y, cómo no, aquellas que convertían la trufa en todo tipo de productos, desde láminas del hongo conservadas para su consumo, a los inevitables aceites, cremas cosméticas y champús.

—La trufa de invierno, la más valorada, se recoge de los pri-

meros fríos de diciembre a los últimos días de marzo —dijo.

Y Aitana pensó que, con tantos datos, quería impresionarla, quizá era la primera gran investigación en la que participaba como apoyo del investigador principal. Su sospecha se vio confirmada cuando Roca le explicó con todo detalle cómo los perros husmeaban el terreno y rascaban con la pata para que el agricultor levantara la tierra con su cuchillo trufero. Aitana asentía sin mirarlo, la vista fija en la carretera, y de vez en cuando lanzaba alguna observación para no parecer ausente del todo. En realidad, estaba pensando si Daniela se habría dormido ya, y si su marido habría recordado ponerse el despertador para asegurarse de que tomaba un biberón cada cuatro horas. Se dio cuenta de que haría mejor escuchando al sargento y concentrándose en los hechos del caso que añorando a su hija y sintiéndose mal por haberse alejado de ella. Siempre había tenido claro que aspiraba a tener una familia y una profesión, sin renunciar a ninguno de sus deseos, pero ahora no sabía cómo esas dos facetas iban a convivir. Se preguntó si esa sensación de culpa la acompañaría cada vez que se desplazara para asumir una investigación y si podría soportarlo.

Era el 19 de diciembre y ráfagas de viento zarandeaban el coche mientras recortaban kilómetros hasta su destino. Una capa de vaho se había formado sobre las ventanas, y los faros antiniebla señalaban el camino en la oscuridad. Se acercaban ya al puesto de mando de Teruel.

2

YA HABÍA OSCURECIDO cuando Aitana y Rafael se internaron por los arcos neomudéjares del majestuoso cuartel de Teruel. Atravesaron el patio de piedra, desierto a esas horas. El viento apenas les permitía oír el eco de sus pasos. Tras acreditarse en la garita del acceso principal, acudió a recibirlos el teniente coronel Séptimo Vidal, el jefe de la Comandancia. Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, dotado de una complexión fuerte y un pelo entrecano que parecía un casco de motorista. Su mirada era serena, pero también seria y algo impenetrable.

Les dio la bienvenida y los guio a través del cuartel. La enorme planta cuadrada, con el patio empedrado en el medio, infundía un aura palaciega al complejo. Allí, habían colocado un árbol de Navidad con unas sencillas luces blancas y un belén con figuras casi a tamaño real. Antes de acceder, Vidal saludó a un guardia en la entrada que hacía esfuerzos por no delatar que se estaba pelando de frío. Se escuchaba una radio de fondo, con los inexcusables villancicos. Aitana había crecido en un cuartel junto a su hermano Jacobo, y recordaba la quietud de las noches y el bullicio de las mañanas, lo temprano que empezaban a oírse los toques de corneta, las marchas, el arranque de los vehículos y las órdenes de los oficiales. A diferencia del esmerado exterior, el interior era tan funcional y poco estético como el resto de los cuarteles de España. Pasaron ante el mostrador de atención al ciudadano y enfilaron un pasillo del que partían varias estancias.

El teniente coronel los condujo a la sala de comunicaciones, donde se manejaba toda la información; a esas horas, en la estancia repleta de ordenadores, teléfonos y monitores, solo había una mujer y un hombre jóvenes, los dos de veintipocos años. Estaban sentados frente a unos ordenadores, pero al verlos se pusieron de pie y los saludaron. Ella era morena, con una sonrisa confiada y amable, y unos grandes ojos negros; él también tenía el pelo oscuro, y era alto y delgado, pálido y algo desgarrado.

—Les presento a la cabo Teresa Rico y al guardia Adrián Montero. Se trasladarán con ustedes al puesto de Sarrión y formarán parte del operativo. Podrán contar con ellos para lo que necesiten —anunció Vidal, y después se dirigió ceremoniosamente a los jóvenes—: Aitana Cobos, teniente de la uco, y su compañero, el sargento Rafael Roca.

El semblante de los agentes de Sarrión oscilaba entre la admiración y el entusiasmo. La llegada de la uco, a la que pertenecían Rafael y ella, a cualquier cuartel, suscitaba todo tipo de reacciones. Había quienes se alegraban de recibir al cuerpo de élite de la Guardia Civil y quienes se lo tomaban como una afrenta personal, como un cuestionamiento a su esforzada labor.

Por la expresión de la cara de Teresa y Adrián, era evidente que pertenecían al primer grupo, lo que alegró a Aitana. Séptimo dio por zanjada la presentación y les pidió a Aitana y a Roca que lo siguieran hasta su despacho.

Era una sala amplia e impersonal, con suelos de formica, muebles de contrachapado en tono abedul y un ordenador de sobremesa con bastantes años. El teniente coronel tomó asiento tras el escritorio. A sus espaldas, en el centro de la pared, colgaba un reluciente retrato de Felipe VI. En aquel entorno de aspecto caduco, su imagen pulcra y su reinado parecían lo único verdaderamente nuevo.

En su mesa, como único detalle singular, tenía una foto enmarcada en la que aparecía estrechando la mano del rey emérito,

y una foto en la que posaba, sonriente y relajado, junto a una mujer joven con un bebé en la Expo 92. No había polvo, todo estaba limpio, incluso el suelo emanaba un cierto aroma a lejía; pero aun así, Aitana podía sentirlo flotando en el aire. Aitana y Rafael se sentaron en sendas sillas frente a su mesa, aunque había otra vacía. En ese momento, entró en el despacho un hombre de unos treinta años, vestido con traje y sin corbata, con una mata de pelo rubio despeinado, consultando un teléfono móvil de última generación, más costoso que cualquier ordenador que hubiera en el cuartel. Aitana ya sabía quién era: el juez Cámara. A pesar de su juventud ya se habían encontrado en más ocasiones. Conocía a los de su tipo: jóvenes malcriados, nacidos en las clases altas, amamantados en el poder y alejados por completo de los pobres mortales sobre cuyos destinos decidían. Aunque era un pijo recalcitrante, Cámara era sorprendentemente riguroso y legalista, y difícil de convencer a la hora de autorizar medidas restrictivas de libertad, como escuchas o registros. En un mundo perfecto, Aitana los prefería así, pues ella también era fiel a las reglas. En el mundo de las presiones, las prisas, la inmediatez y el acoso de la prensa, sin embargo, prefería a jugadores más prácticos.

Al reconocerla, el juez le dedicó una mirada de complacida sorpresa, y estrechó las manos de ambos con una sonrisa deslumbrante. Aitana detectó además un perfume caro, como a madera y sándalo, que le inspiró un leve rechazo, y recordó la impresión inicial que le causó al conocerlo hacía tres años en un caso de violencia de género: todo lo que tenía de listo lo tenía de presumido.

—Felicidades, teniente. Sé que ha sido madre —dijo, convencido de que esas palabras lo harían quedar de maravilla.

Aitana contestó con una elusiva sonrisa. Tanto Vidal como el juez parecieron sorprenderse de que no hablase de su reciente maternidad, ni de su bebé, ni de nada; en cuanto a su compañero,

sonrió cortés ante la novedad; Aitana se percató de que tampoco se lo había contado.

—¿Empezamos? —preguntó Aitana, y el juez se sentó en la silla vacante frente al teniente coronel.

—Supongo que está al corriente de la información del caso, teniente —conjeturó el juez.

—De la básica sí. Bueno, quizá algo más. El sargento Roca es un gran conocedor del cultivo de la trufa y del pueblo de Sarrión —comentó Aitana, con cierto deje irónico que pasó desapercibido para todos menos para su compañero, que se removió incómodo en su asiento.

—Pero por supuesto nos gustaría conocer sus impresiones. Hemos leído las diligencias, pero no hemos tenido tiempo de estudiarlas en detalle. ¿Seguro que nos han mandado todo lo que tenían? Me ha parecido que faltaban bastantes actuaciones por hacer —continuó Aitana.

Vidal carraspeó, sin atreverse a protestar, pero manifestando levemente su desánimo.

—¿Hay algún problema? —preguntó Cámara.

Vidal explicó que en los últimos días había hablado con el responsable del puesto de Sarrión. No solo para recabar la documentación, sino también para informarse del caso y de las características particulares de la localidad. Les explicó que Sarrión era pequeño, y que los guardias civiles del puesto estaban muy integrados en la vida del pueblo, por lo que los interrogatorios iniciales, practicados hacía dos semanas, podían verse condicionados, ya que existían lazos de amistad, de parentesco y laborales entre sus familias y los vecinos, y quizá no fueran todo lo exhaustivos que cabría esperar. Añadió que personalmente no tenía ningún problema en ordenar repetirlos, si los consideraban incompletos.

—En Sarrión, todos se conocen, y unas pocas familias dan de comer al resto —concluyó Vidal.

El juez arqueó las cejas ante esa ligera autocrítica.

—Por favor, repasemos los hechos —pidió.

El teniente coronel se aclaró la voz y contó lo que sabía.

—Valentina Salas desapareció el 7 de diciembre por la noche.

No tenemos, hoy por hoy, ninguna pista que indique que se trate de una desaparición voluntaria, aunque tampoco podríamos descartarlo. La chica vive en Madrid y, por lo que sabemos, tiene una relación difícil con sus padres, en especial con su padre, y no le gusta mucho el pueblo —comenzó Vidal.

—¿Alguna novedad sobre su teléfono? —preguntó Aitana.

—Seguimos sin encontrarlo. Está apagado desde la noche de su desaparición —respondió Vidal.

—He autorizado la petición de datos a la operadora —informó el juez—, llamadas emitidas y recibidas, intentos de conexión, datos móviles y geolocalización... Todo eso. Por supuesto, tenemos la batalla de siempre con los wasaps —se quejó.

—Sí, esa aplicación da muy poca información, y lo hace con una lentitud insoportable —dijo Roca.

—¿Barajan motivos personales o de otro tipo? —inquirió Aitana.

—Bien podría ser un secuestro. La familia Guzmán es una de las más ricas del pueblo —alegó Vidal—. Claro que entonces, es extraño que no los hayan contactado todavía.

Y era extraño. Pero Aitana no dijo lo que pensaba. Tenía un mal presentimiento. Había vivido situaciones parecidas. Familias adineradas, desapariciones inexplicables. Secuestros que salían mal, un pueblo entero que se echaba a los montes, que empapelaba las zonas aledañas con la cara de la desaparecida, que suspendía la rutina y respiraba, como un único ser, a la vez, por la herida... cuando la chica estaba muerta desde el día uno, con frecuencia bajo tierra, flotando en lo más hondo de un pozo o en una fosa séptica, desintegrándose poco a poco en una cuneta, ajena al ajetreo, a los llantos, a la energía y a la ira que rebullían

en la superficie. Un forcejeo indebido, una violencia excesiva, y el botín inmediatamente se convertía en un lastre.

El juez se levantó, estirándose como un gato. Aitana pensó que, para haber pasado tantos años en la universidad privada, sus modales eran bastante mejorables. Cámara dijo que su mujer lo esperaba, que también tenía un hijo pequeño en casa, y se despidió de los guardias civiles.

Vidal presentó a Aitana y a Roca a algunos agentes más, y pidió a los dos jóvenes del operativo, Montero y Rico, que los acompañaran al pueblo, y también a su hotel, donde los cuatro se alojarían.